

657-645

# Memorias y Diarios

Tengo a los libros de esta especie como los más interesantes y, por lo que a mí respecta, los que más seguidamente despiertan mi vena de lector. Las novelas me pueden cansar. Los ensayos tienen que tratar de temas económicos o abstrusos y las memorias están muy mal escritas para que deje de lado el volumen.

Ahora se anuncian para pronto los recuerdos de González Videla. ¡Gran plato en perspectiva! Porque la literatura autobiográfica no ha de ser compuesta por persona de nuestras mismas opiniones para que nos interese.

¿Cuál es el secreto de la atracción del género? Sin duda alguna el problema es complejo. La calidad artística cuenta mucho. Ahí tenemos las páginas de Renán, las de Chateaubriand, las de Ticknor, las de Gibbon, las de Amiel. Son el desgarramiento entrañable de unos hombres, pero son también el burilado minucioso de unos escritores que ni en sus momentos más dramáticos olvidaban su oficio.

Todavía debemos añadir más. ¿No será toda gran novela un modo de disfrazar someramente los sentimientos de quien la escribe? En el novelista que toma su oficio aplicando unas recetas repetidas hasta el cansancio, no será así. Pero sí en los grandes, en los geniales noveladores. Proust, en su libromagno y

único, no hizo otra cosa que una ingente, una fascinante biografía, la suya propia, los anales de su vida angustiada y enferma. Es "A la recherche du temps perdu" la más sorprendente escrutación del existir del escritor, su autoetopeya. Y ¡cuántos relatos de Balzac no están formados por jirones de su intimidad! Las angustias de Birotteau son las antiguas económicas del novelista.

En Chile se despertó en los últimos años la pasión por las memorias. Pero, yéndonos más atrás, acaso el primero de todos los libros sea "Recuerdos del pasado" de Vicente Pérez Rosales. Sus páginas produjeron cierta conmoción en Unamuno. Despertaron su interés por este país.

De época más reciente, aun cuando no sea el más brillante de un panorama singular, por las reacciones del memorialista frente al mundo europeo y por los datos nacionales que consigna, don Ramón Subercaseaux. Don Ramón fue excelente pintor, cada día mejor para los especialistas y más apreciado. Por eso es de lamentar que, dado su conocimiento del arte y su capacidad de entendimiento, no dedicara mayor atención a ese tema.

Lo que dice de Pedro Lira es insuficiente y constituye casi el exclusivo punto sobre el cual se detiene. Sus viajes, su contacto con la sociedad europea y sus referencias a

personalidades que trató y con las que tuvo amistad preocupan más al exdiplomático.

Es lástima que Ricardo A. Latcham no diera cima a sus memorias. No sé si las de Edwards Bello llegaron a adquirir coherencia, vertebración y cuerpo para ir a las prensas. En alguna ocasión el gran periodista habló de que estaba redactando unos recuerdos. La parte referente al diario "La Nación" son, a mi entender —dijo— sensacionales."

Para el dominio literario sus problemas y andanzas, las memorias de los críticos son preciosas. Entre otros muchos testimonios el caso más reciente es el de Paul Léautaud. Sus recuerdos, que ocupan 21 volúmenes, trazan la historia anotada día a día, de los entretelones, "copuchas" y chismes del mundillo de las letras que se movía en torno a "Le Mercvre de France" en la rue del 'Odéon. Es el documento más deslumbrante que quepa imaginar. No hay lectura que arrastre de manera más intensa al lector.

Pensando en ello se me ocurre preguntarme a mí mismo: ¿Podríamos tener un texto semejante de Alone? ¿Tendrá Alone eso que Robert Brasillach me definía en una mañana abrilera del lejano 1934 algunas "páginas subrepticias?" Queda estampada la pregunta.

El lado negativo de las memorias y diarios está en la

deformación de la verdad. El memorialista, el "diarista", mienten a veces indeliberadamente. Otras lo hacen aposta. Léautaud es sincero hasta la brutalidad. Rousseau trae un tufillo de falsa sinceridad. Parece verdad lo que dice, pero lo dice a medias. Son las suyas medio mentiras o, si lo preferimos, cosas ciertas entreveradas con embustes.

En algún otro artículo he hablado de las fantasías de ciertos escritores. Cité a D'Halmar. Cosa curiosa y patadojal. La mitomanía de A. D'H. se ejerció de preferencia en sus charlas y conferencias. El autor de "Gatita" fue escribiendo en "La Nación", en los años 40, una especie de memorias con el título de "Recuerdos Olvidados". Según pude compulsar tales remembranzas se ceñían con fidelidad a los hechos. Algunas afirmaciones podían parecer fantasías por lo singular de los hechos narrados, pero eran ciertos. Por ejemplo, su amistad con Hermann Paul, sus contactos con Pierre Loti y con Francis de Miomandre, del que fue vecino en París, constituyeron páginas plenas de encanto en el correr del "hermano errante". En ese caso las memorias o los diarios se tienen de los relentes de una realidad historiable y ayudan a hacer más tangible a quien los escribe.